

AÑO NUEVO



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

El tañido de las doce campanadas hizo vibrar el aire en todo el orbe. El nuevo Bebé apareció temblando, tenía miedo y lo estreché en mis brazos. Durante unos minutos, recostado suavemente en mi pecho volvió a cerrar los ojos. No quería nacer.

Al amanecer, la lechosa y fría luz del Sol apenas daba color al nuevo rostro. Los ojitos del Año recién nacido suelen permanecer cerrados durante los primeros días de su vida, no sabemos por qué, pero es un hecho. Todavía tendrán que transcurrir muchas auroras hasta que el Niño consiga afianzarse con seguridad en su nuevo destino. Tendrá que acostumbrarse a convivir durante 365 días y unas horas, con todos los habitantes de la Tierra. Sus hombros deberán soportar el infinito peso de todos los deseos no cumplidos, de todos los anhelos frustrados, de

todas las batallas. Las catástrofes que el caprichoso Planeta en el que tendrá que reinar durante un año, tenga a bien derramar sobre los habitantes. Entre sus días habrá fechas malditas que se grabarán a fuego en corazones inocentes, por ser recuerdo inolvidable de seres que murieron en uno de sus días.

Sin embargo, también sucederán algunas maravillas. Nacimientos diarios de seres y de flores. La Tierra se entretendrá jugando el viejo juego de la muerte y la vida. Los pájaros como anticipo de nuevos nacimientos continuarán volando desde abajo hacia arriba y a la inversa, y llenarán de esperanza el añil transparente, jugando con el algodón blanco rasgado por sus alas.

El joven Año, tendrá que acostumbrarse a aceptar la injusticia que le ha impuesto el Destino. Inocente como es desde su nacimiento, estará sometido a la tiranía de aquellos que le dieron su nombre. Un nombre y un número. Según lo que en sus vidas les haya acaecido, ya sea bue-

no o malo; injusto o lo contrario; agradable, espantoso, merecido o casual. Así tiene que ser, los que lo bautizaron serán los que decidan cuál será el epitafio que quedará grabado en el sagrado libro de Historia de los Años. Pero siempre será una fecha maldita o deslumbrante regalo de los Cielos. *¡Ése fue un Año bueno!* –proclamarán algunos. Otros, muy al contrario, lo recordarán siempre como *‘Un Año malévolos, nacido del Infierno’*.

Y sin embargo, ya cercano a su fin, el Año, recordará nostálgico los primeros minutos de aquella madrugada, mágica y misteriosa en la que todo un Universo le dio la bienvenida. Millones de personas le entregaron su alma, le amaron con pasión, le hicieron mil promesas cargadas de esperanzas, de sueños y de anhelos. Cada pueblo a su modo, le hizo mil ofrendas valiosas, mostrando su alegría con grandes alborotos y ruidosos castillos de fuegos y de luces. Y alzaron sus copas repletas de vinos color oro, y otros rojos como la sangre y dulces como la uva.

Algunos, los menos, celebraron aquel alumbramiento degustando manjares exquisitos de tierra, mar y aire. Otros, los más humildes, bailaron sin descanso al son de sus canciones y brindaron con jugo de la fruta de los remotos huertos en olvidados valles. Ataviados ellos, con tejidos de estridentes colores y suspiros callados, y lágrimas brillantes como estrellas fugaces.

Muy cerca de su meta, rememoro en silencio aquella madrugada en la que abracé al Niño contra mi corazón, dándole mi calor y paliando su miedo. Revivo en mi memoria cada día de su vida pasada y admito, con tristeza, que aquel Año fue una carga demasiado pesada para tan tiernos hombros. Más, ¿qué podía hacer él? Nada estaba en su mano, ni siquiera su nombre, ni siquiera su vida. Él Niño recién nacido era tan sólo un símbolo, una excusa; mojón en el camino cual ostentosa fecha dibujada en el aire.

Al correr de los años y al transcurrir la Historia, alguien exclamará:

‘¡Aquel Año fue bueno!’

Y alguien escribirá:

‘¡Aquel Año fue horrible, es mejor olvidarlo!’

Madrid, enero de 2015